

## EL FANTASMA DE LA CARRERA DE SAN JERÓNIMO

EL AÑO QUE VIENE ejque lo tuvo claro. José Bono mandó llamar a su despacho al comisario. Aquello, dijo, no podía continuar así. Se lo había comentado el propio rey Juan Carlos en una cacería por ahí, donde los Montes de Toledo, nada menos que en la finca de La Salsera. No se atrevió a preguntar a su Majestad quién se lo dijo, pero lo adivinó. Llamó al jefe de los espías, su amigo Alfredo Sáez. Había sido él. Normal. Pero, coño, podía haberle informado antes, ¿no?

Al Rey le preocupaba que las voces del Palacio cuestionasen la democracia, pero, sobre todo, que se metieran con su familia.

-Luís ódijo con solemnidad el presidente, echando el cuerpo a un lado y reclinando la espalda como un cardenal.- Tiene usted que detenerme a los fantasmas del Congreso.

-¿A todos?-replicó asustado el comisario.

-A los que sean.

-¿Los políticos?

-No, hombre, no. No me sea burro.

-¿A quién entonces? ¿A los periodistas?

-Que no, hombre de Dios, que no es eso. Me refiero a los fantasmas de verdad.

-¡Coño!

-¡Si ejqueí !

LUIS SE MESABA el pelo cano y se atusaba el colodrillo que se había despeinado con los nervios. Aun alucinaba cuando llamó a su contacto en la Casa Real. Era un hombre quien confiaba plenamente.

-¿Tú qué sabes de los fantasmas?

-Lo que te ha dicho Bono. Parece raro, pero es lo que afirma el CNI. Lo malo es que el de los vuestros que trabaja para ellos no se aclara. Dice incongruencias. Que si se oyen pasos por la noche. Que si hay puertas que chirrían. Las chorradas de siempre. Y lo más raro: que alguien con voz de ultratumba anda cagándose en los muertos de todos los políticos, pone a parir la democracia y, especialmente, dice barbaridades de la Corona.

-Así que, claro, el Rey anda molestoí

-¡Qué va! Al Rey le importa un pito. Pero ya sabes. Con eso de las campañas contra su figura, anda mosqueado. Y es mejor aclarar las cosas. Por si la prensa.

-Pues como se enteren de que buscamos fantasmas, estamos õapañosõ.

-Sé que puedes hacerlo con discreción. Lo importante, ya sabes, es que nadie se entere.

-Eso espero ódijo Luí-. Y volvió a despeinarse.

NO QUISO INFORMARLE en su despacho. Y menos, claro, por teléfono. No era que le constase la posibilidad de que se hicieran grabaciones o escuchas ilegales en el Congreso. ¡Qué iba! Pero era mejor no tentar al diablo. Después de todo, las meigas son las meigas aunque tampoco existan. Y si en el Palacio había fantasmasí ¿qué otras cosas no podría haber?

Pensó en llevarse a Paco, el inspector más veterano, al õBar Manoloõ o cualquier otro sitio de los alrededores. Para contárselo con detenimiento. Pero se arrepintió

enseguida. ¿Dónde iba? ¡Si las tascas estaban plagadas de políticos y plumillas! Dio un paseo con él hasta la Puerta del Sol. Mucho follón, más ruido. Perfecto. Ni que preocuparse.

Le puso la mano en el hombro y acercó los labios a su oído.

-Tienes que hacerme un favor muy grande- dijo.

-¿Qué?

-Que tienesí -se dio cuenta de que era inútil seguir hablando sin dejar de andar.

Era mejor que le viese los labios. ðEn el Congreso ódijo deletreando las palabras- hay fantasmasö.

-¡A porrón!

-¡Que no, joder, que no! ¡Que hay fantasmas de verdad!

-¿Cómo que de verdad? óle respondió casi chillando también, pensando que el comisario le gritaba por sus propios problemas de oído.

Luís le explicó a Paco todos los detalles y Paco se lo tomó como todo. Tan panchamente.

-Pues habrá que buscar a los fantasmas ódijo alzando al tiempo los hombros y los mofletes.

CARMEN, SU MUJER, salvó los muebles.

- Yo, Paco, no sé mucho de esto ódijo sin alterarse por el conocimiento de la noticia-. Pero hay un tipo en la tele, Iker no sé qué, que se lo sabe todo de estos asuntos. Y dicen que va de científicoí

La idea era buena, pero Paco se quedó quieto parao, como diría él mismo. ¿Y quién le ponía en contacto con ese tal Iker? ¿Y cómo le decía lo del Congreso sin que se corriese la voz? Tenía que engañar a algún periodista de los majos, de los que

respetaban aquello de no me hagas preguntas ahora que ya te contaré y luego perdían la curiosidad en cuanto surgía otra pelea entre diputados del mismo partido. Algunos eran buenos chicos pero siempre acababan distrayéndose, perdiéndose en la bruma del momento.

El especialista se llamaba Iker Jiménez y Paco anduvo cerca de matar a su mujer cuando lo vio por primera vez en televisión. ¡Si era un muñeco! Menos mal que su María se lo aclaró enseguida. Eso lo hacía la cadena para promocionar a sus estrellas. Pero hombre, ¿no veía allí mismo, también de cartón, a Zapatero y el Papa?

El amigo plumilla era de una televisión rival, pero conocía a una colaboradora de Iker Jiménez de cuando andaban juntos, antes de que la empresa se rompiera en dos. La cadena de amistades funcionó. Paco se entrevistó con el colaborador del paraperiodista milenario en presencia del amigo común. Sólo quería saber, dijo, si existía algún grupo de cazafantasmas en Madrid y conocía la manera de ponerse en contacto con ellos.

El interlocutor se rió de su ignorancia. Bastaba entrar en Internet. O buscar en la asociación de parasicólogos. Los había así, dijo juntando las yemas de los dedos. Peroí Transformó el rostro por completo y la piel se le tiñó de cera, pero encontró una solución. La única sería, dijo. Tenía que llamar al Grupo Hepta. Era el más õapañaoö. El padre Pílon y sus muchachos, sus jubilados de espíritu juvenil, llevaban muchos años trabajándose los polstergeist patrios. Desde lo del Palacio de Linares hasta las caras de Bélmez o el Baúl del Monje es que no habían parado.

Hacía cincuenta años que José María Pílon y su inseparable péndulo practicaban la radiestesia con eficacia y era famoso porque descubrió dónde habían escondido los GRAPO a Oriol y Villaescusa cuando los secuestraron. El jesuita, contó el periodista de los fenómenos paranormales, creó un equipo multidisciplinar a finales de los ochenta.

Eran unos trescientos amigos de todos los oficios que ayudaban en las investigaciones de forma desinteresada. Y, lo mejor, con absoluta discreción.

A LOS PARASICÓLOGOS les encantó el encargo. ¡Anda que no les gustaba a ellos, dijo Sol, colarse en los viejos caserones y palacios donde acontecían fenómenos de ultratumba! Lo malo era lo contrario. Que casi nunca les dejaban husmear.

Fue un honor. El comisario les hizo una acreditación extraoficial, muy a pesar del Secretario General, siempre tan riguroso, y se les permitió introducir todo tipo de aparatos especiales. Siempre acompañados por su policía de los otros, el del CNI, y por Arturo, un hombre de Paco, se les concedió una semana para investigar todos los días desde medianoche hasta las siete de la mañana. En todo momento les guió un ujier sabihondillo que prefirió ocultar su nombre porque desconfiaba de que aquello, como queda demostrado aquí, se guardara en secreto de verdad.

Pilón dio la primera pista. Bono tuvo el detalle de invitar al equipo a que visitara las tribunas en un día de pleno. Y ahí ya notó el maestro, perspicaz, que el péndulo se movía ostensiblemente cuando pasaban por una de las salas cercanas al palco de autoridades. Le informaron de que, algunas tardes, a la hora de la siesta, salían de esa estancia unos gemidos sospechosos, pero el grupo no detectó ningún fenómeno extraño. Ni irregularidades magnéticas, ni luminosidades extraterrenas, ni aires fríos, ni nada de nada. Fue entonces cuando Paco, que se lo sabía todo del Palacio, por los años, recordó que era en esa sala donde la reina Isabel II se citaba con sus amantes del mundo diplomático cuando se veía obligada a presidir un pleno. Pilón se dijo que podría ser qué Pero no. Aunque la historia de la señora daba qué temer, prefería pensar bien.

Como buen jesuita, miró al techo para despistar. Y todos la imitaron. Menos uno de los investigadores que dijo en voz alta:

-¡Si es que los Borbones!-. Y como todos se quedaran mirándole, añadió tan fresco que parecían haber sido engendrados para el fornicio: òFíjense que Fernando VII, y está escrito, tenía tales atributos que se anudaba un pañuelo al instrumento para no provocar desgarros a las damas. Y su hija, es sabido, fue tan promiscua que nadie sabe de cierto quién fue el padre de Alfonso XII. Bueno, que lo fue cualquiera menos su padre, don Francisco de Asís, de quien se decía que tenía más amantes masculinos que su esposá

LA MIRADA FURIBUNDA del padre Pilón cortó en seco la exposición del indecoroso cronista antes de que manifestase nuevos despropósitos.

-Aquí huele mal- dijo para cambiar de tema.

Y efectivamente, de una parte de la habitación salía cierto tufillo extraño, como de pedorreta. Fue Piedad, la coordinadora, quien sospechó la variable. ¿Y si se trataba de un problema de clariesencia, de olores de otra dimensión? En el Palacio de Linares ya detectaron una vez esos fenómenos de osmogénesis.

Paco, que seguía con ellos, les orientó. Ahí también echaba las siestas el Caudillo, matizó, pero no creía que fuera eso. Franco, le habían dicho, no olía. Ni bien, ni mal. Así que se limitó a señalar que al lado, donde se alzaba la escalerilla de siete peldaños, estaba el que fue lavabo de la reina, ahora clausurado. Pilón acercó el péndulo y la vibración se acentuó. Empujó la puerta y, para su sorpresa, chirrió.

El inspector subió corriendo y se le adelantó. No podía ser. Siempre estaba cerrada. Él mismo tenía la llave en el despacho. Alguien, dedujo, había forzado el pequeño cerrojo.

Abrió la puerta a tope y la pestilencia saltó al pasillo. Dentro, la taza estaba atascada por papeles y algún preservativo. La falta de presión del agua había colaborado

al estancamiento. Los gemidos, el mal olorí Alguien se había pasado de listo. Y de gusto. Se tomarían las medidas necesarias. Pero recordó lo que le decía su mujer cuando le pillaba sentado en la taza y olía fatal: ñEstás vivo!ö. Y sentenció que aquello era de lo más natural del mundo.

Descartada la primera impresión, fue preciso hacer un recorrido más profundo de las salas y pasillos del Palacio y su ampliación. Arturo recomendó acercarse a la Galería de los Retratos de la primera planta. Había un policía que se negaba a cruzarla por la noche porque aseguraba haberse topado con el espectro del comunero de la cabeza cortada, el del cuadro de Gisbert. Había visto flotar la cabeza en el aire como cuando colgaba de la mano del verdugo en el patíbulo. Lo juró. Él mismo había sentido miedo después, aunque sólo de las sombras y del crujido de las maderas bajo la moqueta.

Pasaron por el pasillo iluminado y lo único que les impresionó fue la belleza de la pintura. Nadie dijo nada pero todo el mundo se acordó de la vieja enciclopedia infantil donde se reproducía el cuadro de los comuneros de Castilla. Un escalofrío les recorrió la espalda, pero no de miedo, sino de nostalgia.

Desde allí se escuchaba, lejano, el batir de las hojas de bronce de la puerta principal, la de los Leones. Se acercaron al vestíbulo en fila india, siguiendo al padre Pilón. Aunque desconfiado, siempre era el más valiente. El crujido leve del portalón no invitaba, sin embargo, a temor alguno. Un colaborador del jesuita ya entrado en días, especialista en la medición de los campos magnéticos, comentó:

-Me pidieron una vez que investigase el eco de los cascos del caballo del general Pavía. Fue cuando las Cortes eran las Cortes. Un procurador amigo mío me dijo que había días que resonaban con estrépito, sobre todo después de los debates sobre la

necesidad de la apertura del Régimen. Puede ser que el fantasma del general llame a la puerta reclamando su caballo.

-Don Pedro, no sea burro- le replicó Pílon-. ¿No sabe usted que Pavía ni siquiera acudió al Congreso a disolverlo?

Ahí se lució el poli que colaboraba con los otros. Según el Diario de Sesiones, Pavía mandó dos mil guardias y soldados. Entraron doscientos, pegaron unos tiros y obligaron a los diputados a salir aunque algunos, como el presidente depuesto, don Emilio Castelar, se mostró dispuesto a morir en el escaño. Cuando Castelar salió, Pavía le envió un emisario para pedirle que siguiera en el poder y el ilustre orador le mandó a freír espárragos tras una charla bajo la estatua de Neptuno.

Como allí no quedaba otra fantasmagoría que la vaporosa memoria del tiempo en que al Congreso se entraba por el bar, la troupe, agotada por esa primera noche de pesquisas, se fue a dormir. Sin embargo, cuando cruzaba el Salón de los Pasos Perdidos, don José María creyó escuchar unos gritos apenas perceptibles que reclamaban, imperiosos, un poquito de dignidad. Le pareció extraño. Así que, por si aquello, le pidió a Piedad que pusiera un momento el magnetófono especial con el que captaban las psicofonías. Al poco sintió una enorme serenidad de espíritu y dijo:

-Ya está.

Y ya estaba.

EL DIA SIGUIENTE todos acudieron al Salón de los Pasos Perdidos, oficialmente de Conferencias según el ujier que les guiaba. ðPero nadie lo llama asíö, dijo en tono bajo, de complicidad.

Pílon ordenó desplegar toda su artillería antifantasmagórica, incluyendo la Jaula de Faraday que absorbía las radiaciones hertzianas. Pensó que lo mejor era descartar, de



entrada, que el Congreso fuera una de las õcasas que matanö, como él mismo las llamaba, esos edificios en los que las alteraciones del subsuelo perturbaban las radiaciones terrestres y causaban enfermedades como la esterilidad o el cáncer. Después de todo, las voces de ultratumba y las nebulosas espectrales del cercano Palacio de Linares se debieron a la confluencia de aguas subterráneas en la plaza de Cibeles, donde paraba el arroyo Abroñigal.

Recordó la que se lió en los ochenta con las psicofonías del fantasma de la niña Raimunda y la discreta investigación posterior que se hizo en los pasadizos que rodean la caja fuerte del Banco de España. Todo fue culpa del agua embalsamada. Y no había fantasmas de ningún tenor. Ni aparecidos, ni desdoblados, ni ectoplásmicos, ni del diablo que los fundiese. Nada.

El moderno zahorí descartó que las aguas de algún regato subterráneo influyeran en el Palacio del Congreso, pero estaba convencido de que había oído algo porque la noche anterior, el zumbido de sus oídos fue un acúfeno perfecto. Se dispuso a tirar de lo que hiciese falta, aunque tuviera que llevar a todos sus expertos, a Paloma, al abacomante, el aeromante, el experto en geomancia, el nigromante, el xilomante, el de la piromancia o el psicógrafo, todos juntos. Sin embargo, lo único que consiguió fue una vaga aunque prolongada psicofonía. Era la voz de un hombre recio que pareciera pasear por el salón bordoneando dos palabras: õ¡Malditos viceversas!ö. Pero era difícil apreciar las palabras con claridad.

El ujier que los guiaba era uno de esos nuevos que no paran de leer a Esteinbeck y gente así. Por eso se atrevió a decir que podía ser el espíritu de un diputado de la primera república, el albéitar Rafael Pérez del Álamo. Fue un socialista de primera hornada que tomó Loja con 5.000 campesinos en 1861 y siete años después se sumó a la Gloriosa de Prim. Después de ser varios años diputado y viendo los vaivenes políticos

que conllevó la pobre revolución, hizo un librito que concluyó con una frase de órdago: «En este país de los viceversas todo es posible menos tener memoria».

Podía ser él, dijo. Pero no hubo nada que hacer porque la psicofonía era poco precisa y allí no se corporeizaba nadie, ni salían manchas en las paredes. Por no haber, no hubo ni asomo de ectoplasmas, psicoquinésis o precogniciones.

SI ACASO, MUY CERCA, donde la Sala de Ministros, se ofreció una alternativa. Todos los medidores apuntaban hacia allí. El péndulo, la cámara Faraday, la bola de Paloma, un estigma que le salió a Pedro en un brazo e incluso la cámara de video percibieron algo. Entraron casi a oscuras. Arturo se dirigió hacia el interior para dar la luz y se pegó un buen susto. El contorno sombrío de algo parecido a un hombre se dirigió hacia él a la misma velocidad que él se dirigió al interruptor. Se dio de bruces con el cristal de la puerta que separaba el hall de la sala de reuniones. Las puertas batidas cedieron y cayó rodando. Todos se quedaron quietos hasta que se levantó y encendió la araña del techo. Como si nada.

El ujier se apresuró a colocar una sábana sobre la mesa ovoide para evitar que los trastos rayasen la madera de nogal. Activaron todo lo que tenían. Y tampoco hubo suerte. El retrato de don Juan Carlos pintado por Macarrón parecía reírse de ellos. Todo estaba limpio. Fue como si la lejía dieciochesca se impusiera al tiempo y hubiera borrado hasta el sudor de los revolcones sobre las alfombras.

Ya volvían sobre sus pasos por la pequeña salita de entrada, llamada «La Bombonera», cuando Paloma se estremeció. Allí había algo. Sí, ahí estaba, indicó, lo que habían detectado desde el Salón de los Pasos Perdidos.

Esa era, dijo el ujier, la única estancia que mantenía la decoración original del Palacio, la que le pusieron cuando se construyó a mediados del siglo XIX. Las sillas, las

mesas, las telas de la pared, todas en terciopelo rojo sobre purpurina dorada, incluso los espejos, eran de época. Sólo habían sido restaurados.

Paloma sacó de su bolso la bola de cristal. Pidió que apagasen la luz y dejaran únicamente la del pasillo. Una especie de niebla se agitó en el interior de la esfera. A todos les pareció ver pequeños halos de luz crecientes, semejantes a los que emiten los proyectores de cine.

-Ya está óinsistió el ujier-. Son las películas de Romanones. También era cinéfilo. En los años veinte, contó, Alfonso XIII le pidió a Romanones que encargase al director Ramón Baños varias películas pornográficas, a 6.000 pesetas cada una. El Marqués de Sotelo y Miguel Primo de Rivera recomendaron al autor porque habían visto alguna de sus películas en el burdel valenciano de Casa Rosita. Lo raro, matizó el bedel, era que las películas sólo se visionaban en el palacio real o en burdeles de lujo que se cerraban para la ocasión.

Pilón explicó que la bola podía identificar sucesos ocurridos a distancia, sobre todo cuando el espíritu del protagonista estaba atrapado en la salita. De todos modos, añadió, al día siguiente traería al experto en psicoscopia, por ver si al contacto con la tela de las sillas o la mesa descubría la personalidad del espíritu atrapado entre este mundo y el de más allá. También llamaría a su mejor paragnosta por si encontraba algo oculto en los reflejos del envejecido espejo de la pared. Que nunca se sabía.

Se aburrieron como si viesen llover. Después de que el sensitivo tocase y retocase los objetos buscando el pasado de sus dueños, no hubo nada. Si acaso una psicofonía extraña, casi inaudible, que, según sospecharon después, podían ser las palabras de un diputado catalanista llamado Joan Ventosa a quien Romanones le había dicho que le tenía afecto y que, en fin, si tenía que fusilarleí òMe fusilará con cariñoö, le había replicado.

Algo era algo. Y Pilón se fue contento a buscar en otro sitio. Porque no le quedó ninguna duda que el fantasma del Cojo de piernas, que no de cojones, como lo definió no recordaba quién, anduvo por el Congreso. Sobre todo cuando comprobó que el magnetófono había grabado una casi imperceptible parafonía sardónica que se iba perdiendo hacia la calle. ¡Menuda tropa!ö, iba repitiendo. ¡Menuda tropa!ö.

DE HABER SIDO UN FANTASMA, lo hubiera sido en pena, pensó el joven ujier cuando entraron en la galería del Orden del Día y se detuvo ante el busto de Julián Besteiro. Era el símbolo de la República traicionada, de lo que pudo haber sido y nunca volvería a ser. No como entonces. No con aquellos sueños, se dijo. Porque la monarquía parlamentaria funcionaba, estaba bien. Nunca España disfrutó de tanta democracia y tanta paz. Pero no era lo mismo.

Aquel rostro de la República no era fantasmagórico pero sí alegórico. Representaba a todos los perdedores que en el mundo han sido. A los que merecieron ganar y no lo hicieron, a quienes dieron la vida por el bienestar de los seres humanos sin más recompensa que su dignidad. De no hacer lo que hacían, pensaban, su propia vergüenza les hubiera arrastrado hasta el fangal.

Aunque comprobó con su péndulo que allí no se detectaba nada extrasensorial, el padre Pilón detuvo al grupo un momento, como si pasara algo de verdad, para respetar la meditación del ujier. Nadie comprendió el porqué ni nadie dijo nada. Pero hasta los aparatos guardaron un minuto de silencio.

Fue el tiempo justo para reflexionar sobre el camino a seguir. Paco dijo que lo mejor era pasarse por el almacén de documentos del sótano. Se perdieron entre boletines del Estado, del Congreso y de papeles institucionales archivados con tino y no detectaron ninguna presencia espectral. La sordidez de los largos túneles no invitaba al

miedo, sino al tedio. «El espíritu de la ley es soporífero», dijo el ujier con más apatía que gracia. Y todos asintieron sin pronunciar palabra.

En los distintos pisos de los aparcamientos tampoco captaron ningún fenómeno de telecinesia o fantasmogénesis aunque grabaron vídeos y colocaron magnetofones especiales y otros aparatos que medían el calor, las fuerzas magnéticas, las teleplastias, las luces y hasta los signos alucinatorios. Pilón recordó en voz alta que Polstergeist significaba en alemán «duende ruidoso». Y añadió que iban mal encaminados. Ahí no había nada. Ni duendes, ni ruidosos.

Habían recorrido todo el viejo edificio y sus ampliaciones, incluso las nuevas del otro lado de la Carrera de San Jerónimo, y su esfuerzo no les había dado ningún resultado positivo. Pareciera, además, que en los años de Franco se hubiera paralizado por completo la actividad paranormal. Ni siquiera había apuntes de fantasmagorías. Nadie hablaba, nadie se reía, nada ni nadie insinuaba sus lamentos ultraterrenos. Quizás hasta los espíritus le tenían miedo a Franco, dijo el ujier. Y la lió. Daba mal fario tentar a la bicha. Francoí

Fue decir su nombre y el día siguiente, a falta de sólo dos jornadas, le informaron a Paco de una curiosidad. ¿A que no sabía qué? Pues eso, que habían visto a Tejero paseándose por los alrededores del palacio, controlando.

-Será nostalgia ódijo Arturo.

-O mono deí -añadió el otro de los otros.

-Mono ¿de qué?- cortó Paco al instante, más tranquilo que Federer sin Nadal en pista-. ¡Ese sí que es un pobre fantasma!

Recordó que Tejero podía pasearse por donde quisiera siempre que no tirase de tricornio ni le tocase los pinjantes a los demás y sentenció que ellos tenían que estar a lo que estaban. Ni a setas ni a Rolex, dijo. A fantasmas.

En esas entraron en el hemiciclo y subieron al bar secreto que abrió Gregorio Peces Barba para mantener alejada a la prensa de los diputados durante los plenos. Al grupo de Pílon, acostumbrado a no extrañarse nunca de nada, le sorprendió que se entrase por donde ponía ñsalidaö.

LA CAFETERÍA ESTABA completamente a oscuras. El ujier sin nombre se acercó al cuadro de luces e iluminó la barra y el salón de las viejas butacas. No se supo si fue porque al abrir las puertas se formó corriente, pero lo cierto fue que las botellas tintinearón en los estantes.

-Hay alguien.

-O algo.

A los hombres de Pílon se les erizó hasta el pelo del sobaco. El maestro pidió que se abriera una de las rejas por la que se accedía al mostrador. Había dos y estaban cerradas para evitar que el personal se trincase los espirituosos fuera de horas, sin pagar.

Allí, por primera vez, descubrieron algo indefinible. En el vídeo se grabaron auras fantasmales y el magnetófono recogió psicofonías bastante claras. Sin embargo, aquellas presencias manifestaron todo lo contrario a lo que se buscaba. Por lo captado, los espectros se proclamaban más españoles que nadie y reclamaban ayuda a los próceres de la patria.

Tras estudiar lo grabado sin que ese día durmiese nadie del núcleo duro porque sólo faltaban dos noches para concluir la investigación, el equipo Hepta estableció que los aparecidos, aquellas imágenes alucinatorias que se difuminaban como la niebla, representaban a dos procuradores muertos. No les resultó difícil deducirlo.

Conjugando contornos y voces de ultratumba distinguieron a dos seres que flotaban en el aire agarrados del brazo como dos amigos. Uno parecía llevar una

vaporosa túnica de color índigo y un turbante oscuro y el otro, aunque de piel negra, vestía como los diplomáticos de los años sesenta, con traje de seda azul grisáceo y la corbatita, también azulona, delgada y con prendedor. El árabe no hablaba en español, sino en lengua hasaní, pero el otro dijo, por los dos, que eran procuradores de las Cortes de Franco y se habían quedado atrapados en el palacio cuando se descolonizaron de mala manera sus países. Fueron a reclamar a Franco su condición de españoles y ahí estaban, de pardillos. Preferían, insistieron, la dominación española que la marroquí o la del dictador Macías. Incluso dijeron sus nombres. Se llamaban Salaia Uld- Abeida Uld Sidahamed y Edmundo Bosio Dioko. Respectivamente. Ambos habían intervenido ahí al lado, en el hemiciclo, para pedir a la madre España que no abandonase a sus hijos.

Aquello, a juicio de Pilón, era una prueba contundente. Haber, había fantasmas, sentenció.

Lo malo fue que se esfumaron echando chispas cuando supieron que Franco había muerto y en España había una monarquía democrática. Debieron pensar que ya no tenían a quién reclamar y que no tenía sentido continuar allí. Sin embargo, antes de que desapareciesen dejaron un mensaje que captó el psicógrafo. Estaba en el cristal que cubría uno de los viejos carteles de loterías que colgaban de las paredes del salón. Echando vaho, se podía leer: ñNo nos dejéis solosö.

Pilón comprobó la existencia de esos dos procuradores y guardó las pruebas como euro en lingotes. Algún día, si no le permitían dárselas a Iker, las publicaría en sus memorias. Y esos datos demostrarían la fuerza de su ciencia paranormal.

FUE PACO QUIEN INSISTIÓ en que aquello sonaba muy bien pero no era convincente. Ni él, ni los policías, ni el ujier, nadie que no formara parte del grupo Hepta, lo tenían claro. Ellos, aunque se esforzaron, no vieron contornos fantasmales ni de negros ni de blancos con turbante. Había que tener mucha imaginación para distinguirlos y bien podría decirse con idéntica autoridad que una de aquellas formas se parecía a Zarra marcando el gol a Inglaterra y que la otra podría representar a un chino mandarín tocando un blues. Y lo del vahoí ¡Ay lo del vaho! Se borró y no volvió a salir cuando el equipo impidió que se acercase nadie, singularmente el ujier. Paco vio que sonreía con ironía y levantaba discretamente el índice. Le recriminó con un refunfuño del que nadie se apercibió.

Dejando aparte que cualquier científico profesional podría poner en cuestión los resultados, añadió Paco, porque lo de las formas fantasmagóricas fuera usted a saber, lo que estaba claro, además, era que no se cumplían los objetivos marcados por el presidente. No había que olvidarlo. El fantasma o los fantasmas que buscaban se metían con la democracia y la Corona, no con Franco.

Pilón se enfadó, pero no dijo nada. Prefirió acabar el trabajo. Se dijo que todavía quedaba lo que intencionadamente se había dejado por discreción para el final: la zona de prensa. Y estaba convencido de que, si había figuras espectrales, andarían por allí, buscando ser captados por tanto aparato electrónico, magnetofones y cámaras como había en la sala. El exhibicionismo era el exhibicionismo. Y los fantasmas, pensó Pilón, nunca dejaban de ser fantasmas. En todos los sentidos.



EL MAESTRO SE LLEVÓ un disgusto bien gordo. Ni en la sala de prensa ni donde trabajaban Jesús y sus muchachos detectaron otra cosa que no fuera la energía estática que los periodistas, con su mala leche, recogían de las moquetas. De hecho, el chasco fue mayor cuando Paloma tocó a Sol y le transmitió un chispazo de órdago.

-¡Aquí están! ógritó emocionada.

Paco, una vez más, las bajó del guindo. No le gustaba tener que hacerlo, pero no tenía más remedio. De tanto andar sobre alfombras tan tupidas como aquellas de la Real Fábrica de Tapices, dijo, los cuerpos se cargaban de electricidad y no quería contar las descargas que recibían propios y extraños al contacto entre personas o con objetos metálicos.

-¡Menudos calambres nos llevamos! ódijo sacudiéndose la mano como si se hubiese pillado los dedos con la puerta.

Estaba claro que sólo les quedaban los archivos. Al asomar por la puerta, el padre Pílon sintió presencias fantasmales más frías que funcionarias, pero entró con cuidado y todos le siguieron. Fue una revelación. Ahí sí. Ahí sí que el padre Pílon creyó acertar de pleno.

Cuando estaban colocando los instrumentos, sin que funcionasen todavía los indicadores, los presentes oyeron algo parecido a unos ronquidos cercanos. Guardaron un silencio intencionadamente sepulcral. De inmediato, como si alguien hablase en sueños, se escuchó con claridad una voz quejumbrosa, de anciano. Decía que siempre andábamos igual, que los Borbones seguían siendo unos Borbones y que ésta democracia era una mierda. La Corona, los políticos, los militares, los funcionarios, los curasí öLos de siempreö, elevó la voz. Hablaba con nostalgia y alguien recordó

que en lo más bajo del sótano, debajo de la última escalera, se había guardado durante años un pedestal con una cabeza de Franco pintada con purpurina. ¿Sería el fantasma del dictador?

Bajaron despacio, la cámara de vídeo y el magnetófono encendidos, cuidándose mucho de no interrumpir las voces ni de ser oídos. El último sótano estaba completamente a oscuras. Encendieron una linterna y se llevaron un susto de salva sea la parte porque enfocaron la cabeza de Franco sin querer y estaba tapada por un paño blanco, lleno de polvo. Enseguida, gracias a un par de focos, la estancia se iluminó.

El grito fue unánime. Pero quien más se asustó fue el hombre oculto. Le habían despertado de mala manera. Dio un brinco y se puso en cuclillas, apoyando la espalda en la pared. El Matusalén estaba asustado de verdad. Sin embargo, no tenía ni un pelo que se le pusiera de punta. Y menos de fantasma.

AHÍ ACABÓ TODO. Paco le llevó al despacho del comisario por la mañana y el propio anciano despejó todas las dudas. Era un guerrillero antifranquista, dijo. Cuando tenía dieciséis años, dos años después de terminar la guerra civil, se echó al monte con su padre, jornalero de la UGT, porque los falangistas fueron a por él y amenazaron con matar al hijo si no lo encontraban. Había pasado doce años en la guerrilla extremeño-manchega, primero con el Francés y al final con Pinto. Luego le pillaron y estuvo otros diez años en la cárcel. Cuando salió, el padre Llanos le colocó en la construcción pero siempre sin papeles, por razones obvias. Hizo balance. No tenía más ingresos que la pensión de pobres que le daba el alcalde. Y, claro, no le llegaba para nada.

Se había pasado toda la vida luchando por la democracia, añadió. Y la democracia se lo había pagado así. Recordaba cuando estuvo en las tribunas del Congreso el día que el Parlamento reconoció por unanimidad que los guerrilleros eran soldados republicanos y no bandoleros. Fue el 16 de mayo del 2001. El PP, que gobernaba, apoyó una propuesta de IU para que se reconociera su lucha y se sancionase, por fin, que no eran esos bandidos que seguían constando en los archivos policiales.

Otra cosa, explicó, había sido la pasta. Todos los partidos, menos el PP, apoyaron que se les concedieran derechos pasivos como ex combatientes republicanos porque se les excluyó de todas las leyes anteriores. No estaban ni en la del setenta y seis, ni en la del setenta y siete, ni en la del setenta y ocho, ni en la del ochenta y cuatro. En ninguna. Pero nada. Lo de darles de comer se dejó para otro día. Y por más que el asunto volvió a plantearse por algunos grupos minoritarios como enmiendas a los Presupuestos, nunca prosperó su reclamación de que les diesen una pensión o una indemnización.

-Luego hicieron la Ley de la Memoria Histórica óconcluyó- y se acordaron de los muertos pero no de nosotros, de los vivos. Mucho dinero para películas, libros, celebraciones y, para nosotros, el olvido. Por esoí

Se emocionó. No quiso contar cómo había conseguido engañar a tanta gente para vivir clandestinamente allí, durmiendo en el sótano de los archivos. Sólo contó que entró acompañando a un periodista, para ver a un diputado y, al terminar, dijo que no sabía dónde ir porque hacía tres meses que no pagaba la pensión de muerte donde había ido a parar. Dormía en un banco de la calle. Al periodista no se le ocurrió mejor idea que organizarle una cabezadita en el despacho de un diputado amigo de la causa.

Después, afortunadamente, alguien que podía tiró de llaves por la noche y el mejor sitio que habían encontrado era en el trastero de los archivos.

Paco averiguó que un ujier, una periodista y un asesor de un grupo parlamentario le habían ayudado dándole alimentos y enseñándole a orientarse por los pasillos y salones del Congreso. De ahí salieron los ruidos. Incluso los de la cojera que se detectaron. Con la edad, se le iban los pasos.

EL COMISARIO ACUDIÓ al despacho del presidente con el informe escrito bajo el brazo. Allí, mientras esperaba a que Bono saliera del servicio, se fijó en el retrato de Valle-Inclán y sonrió. Luego detuvo la mirada más largamente en los jugadores de cartas de Joaquín Sorolla y volvió a sonreír con más ironía.

Cuando el presidente le pidió que se sentase frente a la mesa baja, Luís le agradeció la confianza y dijo tan serio como pudo:

-No hay fantasmas, señor. Se nos había colado un viejo guerrillero, un maquis que sobrevivía recibiendo ayuda desde dentro. Gente sin peligro.

-¿Y dónde está ese buen hombre? ópreguntó Bono, más maravillado que sorprendido, imaginando lo que se iba a reír el Rey cuando se lo contase.

-Le hemos habilitado una sala para que coma y duerma de momento. Pero estamos desconcertados. ¿Qué vamos a hacer?

-¿Cómo que qué vamos a hacer? óbramó el presidente-. Le daremos una plaza en la residencia que está construyendo Gallardón con vistas a la sierra. ¡Faltaría más!

-¡Ah, bueno! óexclamó Luís, tranquilizado.

Y Bono, como siempre que resolvía algo, se desparramó por la butaca, contento como él solo de sí mismo.

-¡Si ehqueí !